

llorca para rescatar las faltas de su padre; con aquel Fernando III que conquista Córdoba y Sevilla para seguir la epopeya de su glorioso abuelo; con aquel San Luis que, ora bajo las ramas de la encina de Vincennes, ora bajo las airoas ojivas de la Santa Capilla de Paris, ora en los desiertos de Africa y ora en el tumulto de los combates, parece el ideal sagrado del rey católico en la Edad media. La *Suma Teológica* es el resumen magnifico de esta exaltacion del espíritu.

Y este mismo siglo concluye con Alfonso X, que acepta la heregía cosmogológica y sueña con una creacion superior á la creacion divina; concluye con Sancho IV, que desafía las excomuniones de la Iglesia; concluye con Federico II, que se gloria de un audaz ateísmo; concluye con Pedro III de Aragon, que se cree con poder de arrancar á los santos en los altares milagros contra los soldados del Papa. Habia comenzado con el Papa Inocencio III, que vive pacífico, respetado, seguido de los pueblos, y concluye con el Papa Bonifacio VIII, que muere perseguido, desterrado, abofeteado de los reyes. Al concluirse la pri-

mera mitad surge la *Suma Teológica*, ese reconocimiento de la superioridad eterna de Roma, y al concluirse la segunda mitad surge la *Divina Comedia*, esa rebelion del espíritu poético y legendario de la Edad media contra la autoridad política de Roma.

## VI.

¡Cómo el siglo décimo-cuarto nace completamente señalado por el carácter singular de los hechos acaecidos en sus comienzos! Con qué fuerza, con qué ímpetu cambia la corriente de las ideas, dirigiéndose á nuevos horizontes! Se diría que sus generaciones vienen á la tierra con otro espíritu en la mente y con otra sangre en las venas.

Cuánta diferencia de aquel suelo cruzado por las expediciones feudales, al suelo municipal que empieza á ser fecundado por el trabajo del siervo recientemente manumitido! Cuánta diferencia de

aquella familia, aterrada por las amenazas celestes, á esta familia que siente el yugo de los privilegios! Cuánta diferencia de las iglesias bizantinas, bajas, estrechas, oscuras, á estas iglesias góticas, ceñidas de guirnaldas, que se lanzan audazmente con sus agujas caladas de encajes al cielo de lo infinito! Cuánta diferencia de las crónicas monásticas, breves, aterradoras, escritas con mano trémula, á las crónicas civiles que empiezan ya á tener el carácter de la historia! Cuánta diferencia de la leyenda de Roberto á los cuentos de Bocacio, y de los milagros de Berceo á las irónicas sonrisas del arcipreste de Hita!

Las nacionalidades que durante los siglos anteriores habian sido como grandes montones de polvo que el viento dispersaba, comienzan á tomar cohesion en este siglo. Las cruzadas, que eran las guerras permanentes mantenidas por los ejércitos permanentes del Papa, se detienen, se interrumpen, retroceden, como si ya hubieran cumplido su destino, que era no tanto conquistar á Jerusalem como quebrantar el Feudalismo.

Los reyes y los señores feudales pelean unos

contra otros en guerras cuyo número apenas puede contarse, pero cuyo resultado es dejar cada día más débil á la aristocracia. El influjo político del Papa se pierde. A sus cánones, á sus fórmulas, á su moral rigida, á sus invocaciones teológicas, sucede la siniestra razon de Estado. Por una reaccion contra la implacable ortodoxia, los poderes civiles se arrojan en el implacable crimen. No hay palabra cumplida, no hay juramento guardado, no hay ley moral observada, no hay voz de la naturaleza que sea oida, no hay lazo de la familia que sea sagrado. Parecen todos sus hombres de Estado una especie de esqueletos morales en que la virtud no ha puesto ni una fibra de sus rosadas carnes. Nunca se vió tan claro la gran cantidad de mal que entra en la vida. Nunca tampoco se vió tan manifiesta esa fuerza vital que tienen las sociedades humanas en cuya virtud convierten el mal mismo en progreso, como las fuerzas químicas de la naturaleza convierten la corrupcion en nueva vida.

Las sociedades civiles, al comenzar una manera de emancipacion todavía no completa, se pare-

cen al jóven que, sintiendo hervir su sangre, cree darse á sí mismo carta de emancipacion saltando sobre todos los respetos sociales.

¡Qué de traiciones, qué de bajezas, qué caracteres tan monstruosos! Parece el mundo moral esas selvas tropicales donde por todas partes, en aquella exuberancia de vida, se respira el frio aliento de la muerte.

Los Viscontis reinan en Milan por una traicion contra los Torriani; los jefes de Forli por el sacrificio de sus aliados; los de Agobbio por la inmolacion de su propia familia; Juana I para gobernar á Nápoles pasa sobre el cadáver de su esposo; un puñal abre en Francia el camino á Carlos el Prudente; otro puñal en Castilla el trono á los Trastamaras; otro puñal en Aragon la victoria á Pedro IV; una cuchilla en Inglaterra el poder á Eduardo III; como si el mundo hubiera arrancado su conciencia á los altares para ponerla en los cadalsos.

El terror se apodera de la sociedad, ese terror horrible con que se inician todas las reformas. La aristocracia romana comenzó con un parricida,

Bruto; la democracia con otro parricida, el padre de Virginia; el Imperio con asesinos como Augusto, Tiberio y Neron; la Edad media con génios de destruccion, con seres exterminadores que parecen creaciones de una imaginacion en delirio, como Alarico y Atila; el Feudalismo con depredaciones de caballeros tan perversos, que su tiempo los creyó hijos del diablo, como Roberto; la uniformidad religiosa de Occidente con inquisidores como Torquemada y Eumenides, como Catalina de Médicis; la revolucion francesa con tribunos ébrios de sangre como Marat.

Pues bien: este siglo décimo-cuarto, interpuesto entre la Edad media y el Renacimiento, será el siglo del terror. Los Carvajales emplazan á Fernando IV de Castilla, ante el tribunal de Dios, desesperados de la justicia de los hombres. Don Jaime II de Aragon es llamado el Justo, y sin embargo ha abandonado á sus súbditos de Italia, y ha combatido á su hermano D. Fadrique. Don Alfonso IV de Aragon es llamado el Benigno, y sin embargo ha quebrantado la herencia de su hijo. Margarita de Borgoña se dibuja en este

tiempo como una furia sobre el trono de Navarra. Todavía parece que se ve su sombra en las orillas del Sena donde ha dejado indeleble rastro de sangre. El grande Alfonso XI deja en los hijos de sus adulterios la horrible levadura de largas perturbaciones. D. Juan el Fuerte es el crimen armado. Parece que no late un corazón en su pecho y que la conciencia se ha extinguido en su cerebro. Malo llamará eternamente la historia á D. Carlos de Navarra. El del Puñalet llamará al sombrío y taimado Pedro IV de Aragon.

El tipo de este tiempo es Pedro el Cruel de Castilla. Todo sentimiento humano ha muerto en su pecho; toda idea de justicia en su conciencia. Ha pasado la vida bañándose en sangre. Al rededor de su trono, solo se descubren cabezas separadas de sus troncos, vientres humeantes, mares de sangre caliente, el incendio, la matanza. Comenzó sus crímenes por enviar un escudero de su madre á Talavera, para asesinar á doña Leonor de Guzman, favorita de su padre, madre de los Trastamaras. Cuando su hermano D. Tello apareció ante el rey en Palenzuela, para pres-

tarle homenaje, éste le dijo: « Sabedes, D. Tello, como vuestra madre doña Leonor es muerta ». Muy jóven todavía mandó matar en Búrgos al adelantado Garcilaso de la Vega, y arrojar su cadáver por un balcon del palacio. Gozóse más tarde en presenciar el suplicio de D. Alonso Coronel decapitado ante sus ojos tambien. Entregó al verdugo la cabeza del maestre de Calatrava para entregar el maestrazgo á un hermano de su favorita. Estando casado con doña Blanca, presa y olvidada, se casó religiosamente con doña Juana de Castro, esposa de una noche. Veinte y dos hombres buenos del Concejo de Toledo fueron decapitados en un solo dia, por haber intercedido á favor de doña Blanca; muchos ciudadanos pasados á cuchillo. El hijo de un platero toledano, ofreció su propia cabeza para salvar la cabeza de su padre, y el rey aceptó el cambio. Cuando entró en Toro, vencedor de la liga, mató casi en los brazos de la reina doña María, su madre, á dos caballeros. La reina maldijo sus propias entrañas salpicadas con la sangre de las víctimas del mónstruo á quien habia engendrado.

Por toda respuesta se vió muchos caballeros colgados ante sus ojos de las horcas levantadas por D. Pedro. Las crueldades de Toro se reprodujeron más tarde en Sevilla. Mandó á los ballesteros que mataran á su jóven hermano D. Tello, el cual fué herido y rematado como un toro en uno de los patios del oriental palacio. La tradicion popular todavía cree ver las manchas de la sangre en las vetas del mármol. El caballero mayor del infante, para libertarse de la muerte, tomó por escudo la hija del rey, la Padilla, doña Beatriz. El rey le arrancó el precioso escudo, le clavó su propio puñal en el pecho, y como se retorciera el infeliz sobre el pavimento con los horrores de la agonía, mandó á uno de la comitiva real que lo rematara. Despues se sentó á comer en la misma pieza donde humeaba la sangre fraternal. Como D. Juan su primo le reclamara el prometido señorío de Vizcaya, matóle despues de haberle desarmado, y arrojándole por el balcon dijo á los vizcainos: «Ahí teneis al que os pedia ser señor de Vizcaya». Estando en Búrgos por entonces, le presentaron seis cabezas de otros

tantos caballeros andaluces y castellanos en un plato. No perdonaba ni siquiera la debilidad de las mujeres. Mató á su tia la reina doña Leonor; envenenó á su cuñada doña Juana de Lara, y á su prima doña Isabel, esposa del infante asesinado en Bilbao. Un dia que estaba el frontero don Pedro Alvarez de Osorio comiendo en Villanubla, cayó sobre su cabeza la maza de Juan Diente, el principal de los asesinos adscritos á las órdenes del rey. Dos hijos de Fernan Sanchez fueron degollados en Valladolid, y el arcediano de esta ciudad lo fué ocho dias más tarde en Búrgos. Un sacerdote de Santo Domingo de la Calzada, le anunció que en sueños le habia visto asesinado por su hermano D. Enrique. El rey lo mandó quemar por agorero. Entrególe D. Pedro de Portugal, el amante de la célebre doña Inés de Castro que reinó despues de morir, los castellanos refugiados en sus dominios y los degolló á todos. Hasta á sus mayores amigos alcanzaba tan desenfrenada rabia. El repostero mayor, uno de sus más leales servidores, fué asesinado en Alfaro por un balletero que presentó la cabeza al rey.

Samuel Levi, muere descoyuntado en el tormento por haber construido tan rica Sinagoga en Toledo, que le acusaba de poderosísimo y no haberse encontrado tan fabulosas riquezas. Doña Blanca de Francia, esposa de D. Pedro, que había pasado la vida de calabozo en calabozo halló al fin la muerte en manos de uno de los ballesteros de su mal marido. Los sentimientos de la familia, los respetos de la hospitalidad, todo era hollado por el bárbaro. Decapitó al rey Bermejo de Granada con treinta y siete moros, todos sus huéspedes, y en medio de la plaza de Sevilla amontonó las cabezas para que las contemplara el pueblo.

Y sin embargo, este rey tan criminal ha pasado á ser popular en la literatura y en las tradiciones. El pueblo de Sevilla enseña al viajero con respeto los lugares que guardan algún recuerdo del monstruo. La Vieja del Candilejo es una de las tradiciones más sabidas; la historia del zapatero una de las enseñanzas favoritas del labriego, que las repite diariamente en los oídos de sus hijos. Aquel maravilloso alcázar de Sevilla donde todo convida, el rumor de sus fuentes, el aroma

de sus bosquecillos, el encaje de sus orientales paredes, á los placeres de amar y de vivir, manchado por las sombras de sus fratricidas, guarda, sin embargo, en sus largas y espaciosas galerías, en sus misteriosos y cincelados apartamentos, el nombre del rey asesino y de su amada, ocasión de tantos crímenes, como un talisman de leyendas y de poesía. No habrá un solo viajero que no se haya detenido estático á contemplar los góticos baños de la Padilla, por cuyas puertas se ven pedazos de aquellos horizontes sin rival y se perciben aromas de aquellos jardines sin esmejante. Y no solo parece que las piedras han rehabilitado la funesta figura con la poesía de sus recuerdos, sino también la historia en la inflexibilidad de sus juicios. Y el teatro español, ese panteón de todas nuestras glorias, ese templo de todas nuestras ideas, ese museo donde están pintados y en relieve para toda la eternidad nuestros más vivos sentimientos, ese olimpo donde pasean con su ceño adusto pero con su corazón franco y entero nuestros padres; el teatro español lo ha presentado como el modelo de la

autoridad, como el representante de la justicia.

No somos amigos de rehabilitar mónstruos, enfermedad de las escuelas viejas que solo viven de las herencias de la historia y que tienen cerrados los horizontes de la esperanza, mas comprendemos y nos explicamos la rehabilitacion de D. Pedro por la falta de conciencia en su siglo, por las traiciones que lo manchan, por las guerras fratricidas que lo dividen y ensangrientan, por las bajas intrigas de la córte que lo envilecen, por las artimañas, doblez, falsías, infamias de aquellos señores que en todas partes sembraron iguales maldades y en ninguna tuvieron un verdugo tan bárbaro pero tan inflexible que pusiera la planta sobre sus infernales cabezas!

Cuando el crimen era como la ley del siglo, no parece sino que aquel que los sobrepujó á todos en infamias comprendia mejor que todos el destino de su siglo: la descomposicion, la corrupcion. Sardanápalo, Baltasar, Heliogábalo, D. Pedro el Cruel, grandes corruptores, grandes destructores, grandes homicidas, grandes infames, pero tambien grandes iniciadores de una nueva

época. El mar se remueve por la tormenta, el aire se purifica por el rayo, la semilla se abre por la podredumbre.

Detengámonos aquí donde la Edad media se pudre porque la Edad media se concluye. El siglo décimo-quinto pertenece ya á la Edad moderna, por la aparicion de los hereges, que señala un cambio en la conciencia religiosa, por la aparicion de la antigüedad, que señala un cambio en las inspiraciones artísticas; por el descubrimiento de la imprenta, que señala una igualdad en las inteligencias, precursora de las futuras democracias; por el hallazgo de las Indias orientales y de las Indias occidentales, de la vieja Asia y de la joven América, que muda así las ideas de la conciencia humana como la estructura del planeta, impulsado á una carrera triunfal por el vapor cuasi divino de la idea. Son ya otros tiempos, y no obstante quedar sus ideas y sus pasiones fundamentales, parece como que una nueva humanidad habita desde entonces en una nueva tierra. Así es la historia; una muerte continua y una continua resurreccion.